L2
866.9984866 $2.00
M-3745
E862
A936m

El Mismo Caso...

drama

en tres actos original del doctor

ENRIQUE AVELLAN FERRES

1938

QUITO—ECUADOR
Imprenta del Ministerio de Educación

Dedico esta obra a la sagrada memoria de mi padre, el Cdte. Enrique Avellán Usubillega.

Dedico esta obra a la sagrada
memoria de mi padre, el Cdte.
Enrique Arellán Larbilleqa.



EL AUTOR, VISTO POR N. ORDOÑEZ



A PROPOSITO DE TEATRO . . . .

— ENRIQUE AVELLAN FERRES —

En Guayaquil, en estos días, el ambiente está saturado de inquietud teatral. Ha llegado una compañía de arte mejicano. Trabajan dos distintos cuadros nacionales. Se estrenan obras en serio y en broma. Creo actual hablar de cierta incógnita teatral que aquí existe.

* * *

Poseemos un comediógrafo joven. "Como los árboles" de Enrique Avellán Ferrés es toda un promesa y fue recibida con franco aplauso. Un dominio raro de la escena, un verbo ágil, personajes vivos, daban idea de las cualidades del escritor que se iniciaba.

* * *

Sé que muchos se han averiguado: ¿Las obras de su evolución? ¿Sus nuevas obras? ¿El laurel fresco le enfría la sien? ¿Por qué no escribe?....

Aparecían sus cuentos, algunos logrados. Veíamos su crítica demasiado benévola que pinta al hombre generoso. Pero de su teatro nada se sabía. Alguien —me dice él— desde no sé qué cátedra de mal olor, lo llamó dramaturgo efímero . . . . . .

* * *

En antipático lugar común se ha acostumbrado decir siempre el respetable público. Ahora he visto que suprimen la palabra público y dicen sólo el respetable, como si el respetable por excelencia fuera.

La verdad es que el público merece poco respeto. Antes tira a rebaño que a conjunto educado. Sobre todo el vulgo culto de la platea, porque la cazuela posee un agudo instinto humano.

* * *

Tal se me ocurre ya que es éste nuestro absurdo público que abandona los espectáculos de arte por las patológicas canchas de box, el que, con su ausencia, hace fracasar los intentos de arte dramático nacional y aleja a las compañías extranjeras que pudieran visitarnos.

Y es por no haber quien represente por lo que no se conocen las nuevas obras teatrales de Enrique Avellán Ferrés

* * *

El trapiche de su silencio mordía la caña de la vida y el guarapo de su arte fermentaba de días. Nada menos que cinco piezas tiene terminadas nuestro autor. Habitan en ellas, movidos por una técnica artística joven, un buen número de personajes llenos de pasión y de verdad.

* * *

SIN CAMINOS, EL DRAMA DE EL, EL MISMO CASO, DENTRO DEL DIARIO, MANOS DE CRIMINAL, he allí los títulos. No es ésta, ocasión en que hablo de ellos en conjunto, ocasión de analizarlos uno a uno.

* * *

A pesar de las tentativas de Pirandello, la decadencia o por lo menos la crisis del teatro es innegable. La deshumanización del despedazado arte occidental alcanza al género, hiriéndolo de muerte. Sólo el teatro tendencioso de Bernard Shaw y el teatro popular de Romain Rolland por un lado y por el otro el nuevo teatro ruso, escapan a esta fatal influencia.

Algo —opino yo— a pesar de su forma novísima y de su fuerza escénica, falta al teatro de Enrique Avellán Ferrés, para cumplir integralmente con la tácita promesa hecha por su primer estreno. Ese algo es responder a las necesidades del minuto histórico. Tener tendencia· Acercarse al pueblo y ser popular en el noble sentido de la palabra.

* * *

Confío en que pronto el talento dramático de nuestro comediógrafo lo llevará a ser lo que debe, en última etapa de superación. (La superación continua que sueñan los verdaderos artistas)—Por lo pronto en su más reciente obra MANOS DE CRIMINAL a ello se acerca.

Sus obras, que tengo el amistoso privilegio de conocer, lo hacen contraer nuevo compromiso con quienes lo escuchamos Enrique Avellán Ferrés, estoy seguro, será el creador de un vigoroso y veraz teatro social ecuatoriano.

JOAQUIN GALLEGOS LARA

PERSONAJES:

Don Octavio Ramos, 65 años, padre de Juan.
Don Juan Ramos, 35 años, dueño de la Factoría.
Eulalia de Ramos, 28 años, mujer de Juan.
Graciela, nena de 8 años, hija de ambos.
Alfredo Sánchez, 25 años, capataz de la Factoría.

OBREROS:

1º— ANTONIO.
2º— SAMUEL.
3º— LUIS.
4º— PACO.
5º— GALO.
6º— JOSE.
7º— ALBERTO.

Dr. JAVIER ARCE, 38 años, dueño de la lancha.
Dr. CARLOS, 27 años de edad, Químico de la Factoría.
JULIO, criado.
ESTHER, criada.

ACCION: En el mundo.

PRIMER ACTO, en una Factoría.
SEGUNDO ACTO, en la casa de Juan.
TERCER ACTO, en la misma Factoría

Edad de los demás personajes la adecuada al papel que desempeñan en la obra.

Decorados los indicados.

PRIMER ACTO

DECORADO.—

Una Factoría grande. El filo del proscenio simula la calle. La portada del decorado es una puerta de rejas de hierro de dos hojas, que estarán una a cada lado del proscenio· Todos los utensilios propios y necesarios para la obra. Yunques. Martillos. Fraguas. Tornos. Planchas de hierro. A la derecha, en la esquina, la oficina, con su ventanilla para la CAJA. Paredes de rejas. Campana grande para anunciar la salida de los trabajadores. Bancos pequeños a los lados de la caja. A la izquierda, frente a la misma, repisa, a manera de escritorio, para que los obreros escriban sus reclamaciones· A la derecha, una puerta que conduce a las habitaciones altas de don Juan, propietario de la Factoría. Al mismo plomo de la puerta, una vèntana de rejas, adornada de enredaderas. En el fondo del escenario, se simulará una parrilla, en la que deberá estar un proyecto de lancha.

◎ ★ ◎

Al levantarse el telón aparecerá en el escenario, a la entrada de la puerta, Juan, al lado de Alfredo, el que estará pasando lista e irá tarjando a los obreros que menciona. Se halla en los finales de esta labor. Unos tres hombres en fila, en la calle simulada.—

ESCENA I

Juan y Alfredo y los obreros

JUAN.— Parece que no vendrán todos.

ALFREDO.— Así noto; son muy pocos los que han asistido.

JUAN.— Esto está mal.

ALFREDO.— No hay que darles tanta importancia.

JUAN.— Póngales la falta.

ALFREDO.— Ya lo he hecho así.

JUAN.— Luego hágales el descuento correspondiente, incluso la multa.

ALFREDO.— Tan pronto como termine la lista lo haré.

JUAN.— La inasistencia de los obreros, en este día, perjudica la marcha normal de mi taller.

ALFREDO.— Efectivamente; pero no se desespere. (pausa) (sigue pasando la lista) Antonio Crespo.

ANTONIO.— Presente. (pasa y se pierde en el fondo del escenario)—

ALFREDO.— Samuel Cabrera.—

SAMUEL.— Presente. (pasa y hace lo mismo que el anterior)

ALFREDO.— Paco Rosero.

PACO.— Firme. (Idem)

JUAN.— Listos?

ALFREDO.— Ya.

JUAN.— Cuántos son los faltos?

ALFREDO.— (Como si contase la lista) Unos doce hombres, en total.

JUAN.— Nos han estropeado, por hoy, la faena que pensabamos realizar.

ALFREDO.— Tengo la evidencia de que esta situación no durará mucho tiempo.

JUAN.— Así lo creo.

ALFREDO.— Ojalá. (penetra a la oficina)—





ESCENA II

Juan y Don Octavio que, enseguida, sale por la derecha, por la puerta que conduce a la habitaciones altas.

DON OCTAVIO.—Nos vamos ya, hijo?

JUAN.— Y cómo así te has atrevido a bajar solo?

DON OCTAVIO.—Porque confié en la firmeza de mis piernas.

JUAN.— Y no has sentido ninguna novedad?

DON OCTAVIO.—Nada, en lo absoluto. Salimos?

JUAN.— Váyase usted solo, no más, viejito.

DON OCTAVIO.—Ven mejor conmigo.

JUAN.— Es que tengo que hacer·

DON OCTAVIO.—Siempre yo he dejado todo por tí.

JUAN.— No me reproches.

DON OCTAVIO—No es eso, sino que .. ..

JUAN.— No pretendo posponerte, padre; pero .. ..

DON OCTAVIO.—No sigas. Comprendo. Los padres a cierta edad constituímos una verdadera molestia para los hijos.

JUAN.— Imposible, padre.

DON OCTAVIO.—Me iré solo. Andaré como uno de tantos ancianos, por esas calles que me parecen demasiado largas, interminables casi, cuando las tengo que recorrer sin compañía.-

JUAN.— Es que debo atender a mil cosas.

DON OCTAVIO.—Quizá vas a salir con Eulalia.

JUAN.— No.

DON OCTAVIO.—Está bien.

JUAN.— No te resientas, viejo. Ahora mismo, ya ves, no han venido algunos obreros; casi una docena de hombres que me dejan el trabajo paralizado.

DON OCTAVIO.—Ya vendrán.

JUAN.— Tú crees?

DON OCTAVIO.—Ya lo creo, los correrá el hambre.

JUAN.— Pero es que esta inasistencia significa un perjuicio enorme para el buen crédito y el cumplimiento de las obras del taller.—

DON OCTAVIO.—Me complace oirte eso; pero mi salud, mi baño de sol .. ..

JUAN.— Francamente no sé qué hacer, padre.

DON OCTAVIO.—No te desesperes. Perdona mi insistencia; pero decido irme solo.,

JUAN.— No. Cómo vas a hacer tamaña cosa.

DON OCTAVIO.—La hago; y voy a decirte lo que siento.

JUAN.— Qué sientes, padre? .. ..

DON OCTAVIO.—Miedo, mucho miedo, de andar solo por el mundo. A esta edad, siempre necesitamos de un báculo; y ninguno mejor que el de los propios hijos.

JUAN.— Y yo muy orgulloso de éllo, padre.

DON OCTAVIO.—Pruebas palpables me estás dando.

JUAN.— Es que, pónte, en mi caso. Las circunstancias me apremian.

DON OCTAVIO.—Entonces, me voy solo.

JUAN.— Aguarda un ratito.

DON OCTAVIO.— Nos vamos juntos?

JUAN.— Sí.

DON OCTAVIO.—Ya lo sabía yo; para algo tienes ese gran corazón.

JUAN.— Espera un momento. (saca unos papeles y los examina, simulan planos).

DON OCTAVIO.—Como te decía, me dá miedo. Terror ir solo.

JUAN.— Y por qué?

DON OCTAVIO.—Porque todos los que me miran, parece que me tiran a la cara la hecatombe terrible de mi vida. Me imagino que un collar de recuerdos trágicos se desengarza de sus ojos preguntones al verme y .. .. para qué negarlo .. ..

JUAN.— Qué?

DON OCTAVIO—Bueno, nada. Tú no sabes, ni tienes por qué saberlo. ¿Para qué?
Talvez algún dia lo llegues a saber. (pausa) Vamos?

JUAN.— Ya mismo.

DON OCTAVIO.—No sabes la alegría que me das. Saldré contigo. Con mi hijo. Los niños y los ancianos, para ir por el mundo, necesitamos de compañía.

JUAN.— Así es.

DON OCTAVIO.—Realizaré, en esta espléndida mañana de sol, el viejo anhelo de casi toda mi vida y que he acariciado hace tanto tiempo.

JUAN.— Me conmueve tu palabra, padre.

DON OCTAVIO.—Desde que te hallabas en la Universidad, preparándote para ser lo que hoy eres, al verme postrado en la cama después del accidente que sufrí, ya soñaba con la dicha de recorrerme las calles del brazo de mi hijo.

JUAN.— Qué bueno eres, padre.

DON OCTAVIO.—Talvéz algún día no me creas así.

JUAN.— Siempre. (pausa) Vea Jaime.

JAIME.— (que se acerca al llamado) Señor.

JUAN.— Hágame el favor de llamar al doctor Carlos.

JAIME.— Enseguida, señor.

JUAN.— Allá en la lancha creo que está.

JAIME.— Bien, señor. (váse)—

JUAN.— (dirigiéndose a don Octavio) Este es uno de los individuos más peligrosos aquí.

DON OCTAVIO.—Evidente, si es el más joven.

JUAN.— Exacto, por eso a veces lo perdono.

DON OCTAVIO.—En mis tiempos, cuando yo tenía esto en mis manos, los obreros eran muy sumisos; pero ¿hoy?.. ..

JUAN.— Hoy, todo ha variado, son unos seres extravagantes llenos de ideas desordenadas.

DON OCTAVIO.—La razón está a la vista. Las corrientes del socialismo, del comunismo, del sindicalismo, por un lado; y la influencia del maquinismo en el mundo, desplazando los brazos, por otro, están conmoviendo —en forma indiscutible— todas las conciencias y hasta los más firmes y sólidos cimientos de las ciudadanías.

JUAN.— Yo me temo mucho aquí en el taller.

DON OCTAVIO.—Seguro. Todo se tambalea y hasta se derrumba ante el impulso terrible de estos ideólogos que no sé hasta dónde van a empujar a las masas del mundo.

JUAN.— Será lo que sea. Ahi viene Carlos.

◎ ★ ◎

ESCENA III

Los mismos y el doctor Carlos que llega
Carlos y Juan simulan hablar confidencialmente

DON OCTAVIO.—(dirigiéndose a Jaime) Ven acá rapaz.

JAIME.— Qué dice señor?

DON OCTAVIO.—Quién fué tu padre?

JAIME.— El Manchado.

DON OCTAVIO.—Ah, tu padre era el Manchado?

JAIME.— Sí, señor.

DON OCTAVIO—Hombre muy valiente fué. Muy valiente!

JAIME— Así me dicen todos los que lo conocieron.

DON OCTAVIO.—Era casi temerario. Daba gusto verlo en las botadas de embarcaciones cómo sabía arreviatarse.

JAIME.— Así cuentan.

DON OCTAVIO.—Me alegro mucho verte tan grande.

JAIME.— Gracias, señor. Permiso. (váse)—

DR. CARLOS.—(adelantándose) Don Octavio, cómo se siente?

DON OCTAVIO.—Ahí viviendo. Bastante mejor.

DR. CARLOS.—Se le nota en el semblante. (pausa) ¿Y ahora?

DON OCTAVIO.—Al paseo habitual.

DR. CARLOS.—Eso le hace a usted mucho bien.

JUAN.— Sobretodo el sol, el sol, Carlos.

Don Octavio se adelanta a ver unos trabajos que, en el fondo, están haciendo, frente a la fragua, unos obreros.—

◎ ★ ◎

ESCENA IV

Juan y Dr. Carlos

JUAN.— A los que han faltado los tengo en capilla para reemplazarlos lo mas pronto.

DR. CARLOS.—Me parece muy acertada la medida.

JUAN.— Cuide que los presentes pongan mucha atencion en el remache ese de las dos planchas de acero de la lancha del doctor Javier.

DR. CARLOS.—Desde luego, Juan.

JUAN.— Creo que ya falta poco, no?

DR. CARLOS.—Si; estamos al terminar el casco.

JUAN.— Y se encuentran tranquilos?

DR. CARLOS.—Así parece; aunque creo que anoche han asistido a una sesión del Sindicato.

JUAN.— ¿Y qué hay con eso?

DR. CARLOS.—Que siempre se ponen un poco sublevados.

JUAN.— Avíseme cualquier síntoma de alteración que descubra en éllos.

DR. CARLOS.—Perfectamente.—

JUAN.— Póngame al corriente de la menor demostración subversiva que adivine en el personal, para enseguida, a tiempo, sofocarla.

DR. CARLOS.—Descuide usted.



ESCENA V

Los mismos y Don Octavio que viene acercándose

DON OCTAVIO.—Estos chicos saben muy bien su labor.

DR. CARLOS.—Le parece?

DON OCTAVIO.—Claro, si los he estado observando.

DR. CARLOS.—Ha costado mucho tiempo para que lleguen a ese estado.

JUAN.— Creo que si nos resultan las negociaciones con el Gobierno le vamos a aumentar los salarios.

DR. CARLOS.—Me parece la más acertada de las promesas.

DON OCTAVIO.—Si la estimo conveniente.

JUAN.— Es una realidad. Eso lo tengo resuelto. (Pausa) Voy un momento al parque cercano acompañando al viejito a su paseo medicinal. Ya sabe. Mucho ojo.

DR. CARLOS.—Está bien. Vaya usted con absoluta confianza.

JUAN.— Y avise a Alfredo que cuando llegue la gasolina que se ha pedido la coloquen en ese lugar (señala a la derecha, cerca de la puerta que conduce a las habitaciones altas)—

DR. CARLOS.—Muy bien.

ESCENA VI

Dr. Carlos, Juan y Don Octavio que se van,
Alfredo que sale de la Oficina y el doctor Javier que llega

DR. JAVIER.— Adiós mi querido Don Octavio, cómo se siente?

DON OCTAVIO.—Ya lo vé usted, bastante bien.

DR. JAVIER.— Así se le nota.

DON OCTAVIO.—Es que sus medicinas y los paseos en compañía de mi hijo me vitalizan.

DR. JAVIER.— Vaya don Octavio, me complazco sobremanera; que siga adelante la mejoría.

DON OCTAVIO.—Gracias.

JUAN.— Alfredo, Dr. Carlos, aquí está el doctor Javier, hagan el favor de mostrarle cómo va la lancha.

ALFREDO.— (saliendo de la Caja) Perfectamente.

DON OCTAVIO.—(Impacientísimo)—Apura, apura hijo que ya mismo se esconde el sol y me quedo sin paseo.

JUAN.— Sí, vamos.

DON OCTAVIO.—Vamos alma del cielo, vamos. (sale)

JUAN.— Hasta luego, señores. Hasta luego doctor. (sale)
Carlos, Alfredo y el doctor Javier se dirigen hacia el fondo.

ESCENA VII

Antonio y Samuel, obreros, frente a la fragua

ANTONIO.— Buen hijo es el patrón.

SAMUEL.— Y acaso la ambición a la herencia será poca.

ANTONIO.— No seas desgraciado.

SAMUEL.— El desgraciado eres tú que estás alabando a uno que como ese sólo persigue que, a la muerte, el viejo le deje todo lo que tiene.

ANTONIO.— Pero si él no necesita.

SAMUEL.— Dímelo a mí.

ANTONIO— Claro, para eso tiene la fábrica.

SAMUEL.— Pero es que el que algo tiene más desea tener.

ANTONIO.— Bueno, no discutamos, a mí ni me va ni me viene nada de lo que tenga el patrón.

SAMUEL.— Seguramente, nada has de recibir tú.

ANTONIO.— Ni tú tampoco.

SAMUEL.— Lo que sería bueno es que el patrón dándose cuenta de nuestras necesidades nos aumentara los jornales.

ANTONIO.— No creas que sea tan fácil aquello.

SAMUEL.— Es cuestión de saber pedir.

ANTONIO.— A ver; pide.

SAMUEL.— Con un poco de entereza a la hora del reclamo, quizá consigamos algo.

ANTONIO.— El patrón es muy duro para ceder.

SAMUEL.— Habría que hablarle al viejo primero para que él le ablande el corazón.

ANTONIO.— En todo caso a la mujer.

SAMUEL.— A esa; para qué?

ANTONIO.— Es que hay que probar todos los buenos caminos.

SAMUEL.— Esto es lo mismo que ponerse a machacar en hierro frío.

ANTONIO.— Malhaya la hora en que nos pusimos a charlar.

SAMUEL.— Qué te pasó?

ANTONIO.— Que ya se fregó esta soldadura.

SAMUEL.— A lo mejor nos la cargan en cuenta.

ANTONIO.— Tírala a las brasas a ver si se compone y dale fuelle.

(se acercan dos obreros más que necesitan de la fragua).

ESCENA VIII

Los mismos, Luis y Paco que se acercan.

LUIS.— Tú parece que no tuvieras más ambición en tu vida que la de pasarte rumiando tu miseria.

ANTONIO.— Por qué, ah?

LUIS.— Porque siempre estás trabajando como una verdadera bestia de carga y ni siquiera pides aumento de jornal.

ANTONIO.— No seas tan leso. Pregúntale a Samuel que era lo que antes estábamos hablando. Pregúntale.

PACO.— Puede ser que hayan estado hablando de eso, pero el explotador que tenemos aquí no los va a oír nunca.

SAMUEL.— Qué va a oír si lo que hace es enriquecerse cada día a costa de nuestras vidas.

LUIS.— Y todo para qué?

ANTONIO.— Para que la mujer esa, que el diablo se la lleve en peso, se ponga sedas y sedas, que lleve las más vistosas carteras y que sólo se pasee en auto....y nosotros?.....

LUIS.— Nosotros, como siempre, humillados, hechos los majaderos sosteniendo sobre nuestras espaldas sudorosas su lujo y sus picardías.

PACO.— Consumiendo nuestras existencias en este calor de infierno.

SAMUEL.— Y no viene una revolución y tira por el suelo todas estas infamias e injusticias.

ANTONIO.— Ya vendrá. Esperemos confiados que ya vendrá.

◎ ★ ◎

ESCENA IX

Los mismos y Alfredo que viene del fondo

ALFREDO.— Trabajen, trabajen señores y charlen menos.

ANTONIO.— Oiga don Alfredo usted es contralor de peones o de esclavos?

ALFREDO.— Dá lo mismo.

SAMUEL.— No señor; usted se equivoca del medio a la mitad.

ALFREDO.— Calle. Trabaje con más cúidado; no ve que estamos en posibilidades de recibir aumento de salarios.

LUIS.— A otro perro con ese hueso.

PACO.— Ese es el caramelo de siempre.

ANTONIO.— Ahora si tenemos dientes.

LUIS.— Métame el dedo en la boca a ver si no lo muerdo.

ALFREDO.— No deben hablar así, don Juan, está muy animado.

SAMUEL.— Pero la mujer no lo dejará.

ALFREDO — Silencio.

ANTONIO.— Qué silencio ni que cosa.

ALFREDO.— Todo depende sólo del Gobierno.

LUIS.— Si es así estamos condenados para toda la vida.

ALFREDO.— Juan está en vías de hacer una buena negociación, por contrato, con el Fisco.

PACO — Todo lo que le saque al Gobierno ha de ser poco para él y para la mujer.

ALFREDO.— Cállese usted.

PACO.— Por qué me voy a callar?

ALFREDO.— Porque yo se lo ordeno.

PACO.— Así es que usted se me calienta porque yo digo la verdad.

ALFREDO.— Es usted un farsante.

LUIS.— Basta ya. No podemos soportar tanta tiranía. Usted no pasa de ser sino un esbirro del patrón.

ALFREDO.— Queda usted despedido.

LUIS.— Hay que ver si es cierto eso.

ALFREDO.— Tan cierto que ya mismo lo voy a hacer poner en la calle.

PACO.— Y usted cree que eso será cosa fácil. Atrévase.

ALFREDO.— Cobardes.

LUIS— El cobarde es usted que quiere abusar de su autoridad con nosotros.

ANTONIO.— Y usted cree que es fácil despedir a un hombre después de consumirse toda la existencia y la juventud en estas fraguas asesinas que secan la sangre y tuestan hasta los pulmones?

ALFREDO.— Basta. He dicho silencio y a callar.

SAMUEL.— Y lo que es peor haciendo ricos a otros.

ALFREDO.— He dicho que silencio y se acabó.

ANTONIO.— No don Alfredo. Usted es un injusto. Debe darse cuenta de que en estos momentos el elemento obrero representa una fuerza de enor-

me complejidad y que es menester manejarla con mucho tino.

ALFREDO.— Agradecido por la lección.

SAMUEL.— Usted debe convencerse de que no sirve para este puesto.

ALFREDO.— Qué más.

LUIS.— Que se imagina que en vez de empleados subalternos tiene esclavos; y esos malditos tiempos, ya se acabaron, a Dios gracias.

PACO.— Don Alfredo, tenga entendido que si se vá despedido nuestro compañero nos levantaremos en huelga.

ALFREDO.— No hay que recurrir a esos medios violentos. Calma, señores, calma.

ANTONIO.— Es que ya no podemos soportar por más tiempo este modo de humillarnos.

ALFREDO.— Bueno. Ya se arreglará todo. Dejen que venga don Juan. Ya se arreglará.

 

ESCENA X

Los mismos, Dr. Carlos y Dr. Javier que vienen del fondo, revisando y viendo la lancha.

SAMUEL.— Compañeros, ya lo sabéis: Huelga donde el esbirro ese no retire su orden de separación del camarada Luis.

DR. CARLOS.—(adelantándose) Qué pasa?

ANTONIO.— Nada doctor Carlos, ya lo sabrá.

DR. CARLOS.—Les recomiendo mucha prudencia.

LUIS.— Descuide usted.

DR. CARLOS.—Vea Jaime.

JAIME.— Qué dice, doctor Carlos?

DR. CARLOS.—Prepáreme la ropa. Voy a despedir al doctor Javier y enseguida debemos ir a hacer este trabajo de calderería. Es un poco peligroso; pero lo escojo a usted porque es el más varoncito entre todos.

JAIME.— Muy bien, doctor Carlos. Gracias, con usted si que me iría hasta el mismo infierno.

DR. CARLOS.—Por qué?

JAIME.— Porque usted si sabe tratar a la gente.

DR. CARLOS.—Mi querido doctor Javier, supongo que usted irá satisfecho de cómo van los trabajos.

DR. JAVIER.— Encantado. Más tarde volveré por aquí. Hasta luego. (sale).

DR. CARLOS.—Hasta luego. (dirigiéndose a Jaime) Listos?

JAIME.— Ya doctor Carlos. (se van hacia la izquierda)--

◎ ★ ◎

ESCENA XI

Eulalia que sale de la derecha, por la misma puerta que salió don Octavio. Viene llevando de la mano a la nena

EULALIA.— (acercándose a la ventanilla) Oiga Alfredo, está aqui mi marido?

ALFREDO.— No señora. Se fué al parque en compañía de don Octavio.

EULALIA.— Bueno. Hágame el favor de decirle cuando venga que he salido a la calle.

ALFREDO.— Está bien, señora.

EULALIA.— Hasta luego. (sale)

ALFREDO.— Hasta luego, señora (desaparece en la oficina)

ESCENA XII

Los mismos obreros, nuevamente, Luis, Antonio, Samuel y Paco.

ANTONIO.— Esta mujer ha penetrado aquí como si fuese el diablo.

SAMUEL.— Verdad. Le han visto los ojos?

LUIS.— Qué tienen de particular.

SAMUEL.— Parecen hechos de brasas encendidas.

PACO.— Por eso será que tiene ese aire de mala.

ANTONIO.— Justamente por eso y por otras cosas.

LUIS.— Bueno, nuestra faena está terminada. Nos vamos?. . . .

SAMUEL.— Bueno.—(Paco y Luis se alejan)—

◎ ★ ◎

ESCENA XIII

Juan y Don Octavio que llegan agitadísimos

JUAN.— Qué sucede?

ALFREDO.— (Saliendo de la oficina.)—Que los obreros están muy alzados.

ANTONIO.— Alzados serán los chanchos como usted.

JUAN.— Pido a ustedes un poco de serenidad para podernos entender, de lo contrario .. ..

SAMUEL.— Nos iremos todos a la calle.

JUAN.— Como ustedes gusten. (Luis y Paco en unión de los demás obreros se vienen acercando y ahora han formado un verdadero tumulto)—

ANTONIO.— Señor, pedimos aumento de salarios.

JUAN.— Se hará en cuanto firme un contrato con el Gobierno.

ANTONIO.— Eso es mentira.

LUIS.— Que se nos provea de un consultorio médico. De botiquines.

JUAN.— Perfectamente.

PACO.— Que se nos dé medio día de vacación a la semana.

JUAN.— Concedido. Qué más quieren?

SAMUEL.— Que destituya al señor Alfredo.

JUAN.— Eso no es posible.

ANTONIO.— Si señor, que se vaya don Alfredo.

CORO— Que se vaya! Que se vaya!

JUAN.— Un momento. Están pidiendo imposibles.

DON OCTAVIO.— Es verdad lo que mi hijo dice. Estedes están pidiendo cosas imposibles.

SAMUEL.— Y qué don Octavio. Le llama la atención?

DON OCTAVIO.—No; pero si creo que deben concretar y limitar sus pedidos.

LUIS.— Queremos que nos haga más saludable la vida en esta casa que más parece un infierno.

JUAN.— Al que no le agrade que se marche inmediatamente.

ANTONIO.— Muy bien.

DON OCTAVIO.—Yo como el más anciano de todos y el que casi ha visto envejecerse a la mayoría de ustedes; yo que he sido el padrino de casi todos vuestros hijos, les reclamo un poco de serenidad. Nombren una comisión que se entienda directamente con nosotros.

LUIS.— No. Eso no.

DON OCTAVIO.—Entonces, qué es lo qué queréis?

CORO.— Huelga. Viva la huega!

En ese mismo momento en el departamento de calderería, que queda en el sitio señalado, se produce una gran explosión que ilumina el escenario íntegramente y hasta los rostros.

(Juan, seguido de Paco y Samuel corre hacia el lugar de la explosión).

ANTONIO.— Se fregó don Carlos.

DON OCTAVIO.—Qué dices?

ANTONIO.— Lo que oye señor. Se encontraba haciendo un trabajo peligroso en esa pieza y parece que le ha saltado todo.

LUIS.— Y estaba con el pobre Jaime.

DON OCTAVIO.—Lástima de hombres. Y ustedes pidiéndonos aumento de salarios cuando sólo la curación de estos dos heridos representará un egreso enorme en nuestro presupuesto anual.

ANTONIO.— Bien hecho, que alguna vez vomite algo esa boca de túnel.

LUIS.— Ahora será de ver cómo van a atenderlos.

DON OCTAVIO.—En la forma que nuestras posibilidades lo permitan.—

LUIS.— Entonces, tendrán que morir por falta de cuidados como muchos de los nuestros que, anteriormente, han caído en la misma forma.

ANTONIO.— Como se van casi todos, sin que nadie asegure el porvenir de nuestros hijos, ni su crianza, ni su orfandad, ni la viudez de nuestras pobres compañeras.

LUIS.— Es que no se hacen efectivas las leyes proteccionistas de accidentes del trabajo.

DON OCTAVIO.—Culpa de quién es eso?—

ANTONIO.— De nosotros que sabemos que existen abogados hábiles para interpretarlas de tal manera que no se perjudiquen los intereses del amo.

DON OCTAVIO.—Aquello es injusto.

LUIS.— Si ya conocemos cómo son nuestras leyes: elásticas tiritas para medir a los más mal colocacados en el campo de la vida ciudadana.

ANTONIO.— Pobre Jaime, talvez siga la misma suerte del padre, el Manchado, que se murió en el hospital, tirado como un perro por la falta de atenciones.

LUIS.— La fábrica no pagó nada, ni siquiera el entierro.

PACO.— Felizmente que Jaime nunca lo supo.

DON OCTAVIO.—Y qué hizo la empresa, entonces?

LUIS.— Nada.

DON OCTAVIO.—Descastados; y por la parturienta de la mujer, qué hicimos?

ANTONIO.— Eso era lo del caso.

DON OCTAVIO.—Y por los hijos mayores que ya estaban en el Colegio?

ANTONIO.— Sacarlos del plantel y dejarlos en la media calle y no atenderlos, ni cuando vinieron a pedir empleo, ni cuando reclamaron la indemnización a que tenían derecho por haberse hecho viejo el padre en esta fábrica.

DON OCTAVIO.—Cretinos. Silencio. Eso no les aceptaré nunca. El accidente del Manchado tuvo lugar cuando todavía estaba ēsto en mis manos y muchos de ustedes saben muy bien cómo castigaba a los canallas.

LUIS.— Pero a Jaime y a sus hermanos y a la madre, la respuesta fué evidente: puertas en la cara.

DON OCTAVIO.—Es que cuando éllos vinieron a pedir, no había qué darles; estábamos atravesando un período difícil y era menester suprimir empleados para economizar.

ANTONIO.— Recargándonos la labor a los que nos hallábamos encadenados para toda la vida en la condenada tarea ésta.

DON OCTAVIO.—Basta de acusaciones inicuas y a ver la manera de salvar a Jaime y al doctor Carlos.

ANTONIO.— Como si el estómago esperase o pudiese uno decirle a sus necesidades aguarden un instante.

DON OCTAVIO.—Basta de comentarios y a ver la manera de llevar a la clínica a los heridos; y si no se callan voy a despedirlos y a clausurar la fábrica.

LUIS.— Eso no, don Octavio. Esos tiempos ya pasaron. La fábrica, hoy por hoy, es nuestra; para eso llevamos años de trabajar en élla.

DON OCTAVIO.—Francamente que la osadía de ustedes me sorprende; estoy por creer que están locos.

ANTONIO.— No señor; usted quiere cerrarla porque como ya está podrido en plata no le importa nada el hambre de nosotros.

(Cruza el escenario una camilla con cuatro hombres y un cuerpo tapado)

SAMUEL.— (Que es uno de los que lleva la camilla).—Ya nos la pagarán.

(Sacan otra camilla. Los obreros, Luis y Antonio, se van tras élla. Los sigue Juan).

A poco se oye en la campana dar las doce.



ESCENA XIV

Alfredo y Don Octavio

ALFREDO.— La situación es harto difícil.

DON OCTAVIO.—Insostenible. Los obreros están completamente cambiados.

ALFREDO.— Así los noto.

DON OCTAVIO.—Nos encontramos frente a un problema que siendo el de siempre, el de toda la vida, en esta ocasión, se ha mostrado más fuerte que en ninguna de las otras.

ALFREDO.— Eso mismo digo yo.

DON OCTAVIO.—Bueno. Esperemos el desarrollo de los acontecimientos; la cuestión, a la larga, tendrá su solución.

ALFREDO.— Quiera la suerte favorecernos en esta vez.

DON OCTAVIO.—Yo me voy a descansar. (Se pierde por la puerta que conduce a las habitaciones altas).

ALFREDO.— Vaya usted tranquilo, don Octavio, que yo quedo aquí.

◎ ★ ◎

ESCENA XV

Alfredo y el doctor Javier que llega.

ALFREDO.— Vió ya al doctor Carlos y al Rubicundo?

DR. JAVIER.— Los atendí casi en plena vía pública.

ALFREDO.— Y cómo los halla?

DR. JAVIER.— Son dos casos perdidos.

ALFREDO.— Qué lástima.

DR. JAVIER.— Es una verdadera desgracia lo acontecido.

ALFREDO— Y qué tienen?

DR. JAVIER.— El doctor Carlos tiene la vista totalmente perdida y Jaime tiene rota la base del cráneo; parece que se ha incrustado un pedazo de caldero.

ALFREDO.— Qué horror!

DR. JAVIER.— Bueno, mi querido amigo, hasta más tarde. (se va).—

ALFREDO.— (penetrando a la oficina). Hasta más tarde, doctor.

◎ ★ ◎

ESCENA XVI

Se oye una pitada de auto. Eulalia llega en compañía de la Nena. Alfredo sale de su oficina.

ALFREDO.— Señora.

EULALIA— Alfredo.

ALFREDO.— Sabe las últimas?—

EULALIA.— No.

ALFREDO.— Hemos pasado una mañana terrible.

EULALIA.— No diga?

ALFREDO.— Si, los obreros se amotinaron contra mí.

EULALIA.— Y no le hicieron daño?

ALFREDO— Felizmente, ninguno.

EULALIA.— Y a Juan no le pasó nada

ALFREDO.— Absolutamente; pero en cambio, al doctor Carlos se le reventó un caldero mientras traba-

jaba en compañía del Rubicundo y el doctor Javier opina que son dos casos perdidos.

EULALIA.— Qué barbaridad ni que hubiese sido día trece.

(Mientras este diálogo se desarrolla, Eulalia y Alfredo se hallan en el umbral de la puerta que conduce a las habitaciones altas.—La nena se ha zafado de la mano de Eulalia y ha subido.)

ALFREDO.— Dicen los obreros que se ha entrado el diablo.

EULALIA.— Santo Dios!

ALFREDO.— Y se ha paseado bastante?

EULALIA.— Lo suficiente para disipar un tanto mis preocupaciones.

ALFREDO— Y qué, a estas horas, se preocupa usted?

EULALIA.— A estas horas y siempre. En todos los momentos de mi vida paso amargada por tantas cosas.

ALFREDO.— Es extraño.

EULALIA.— Es que me voy dando cuenta que usted con sus actos y con sus asedios va encerrándome en una especie de rueda mortífera de la que por más que lo intento no puedo escaparme.

ALFREDO.— No hago otra cosa que halagarla y procurar que en todo instante viva latente el vínculo que nos une, que vivamente resplandezca la luz del lazo que tiene encadenadas nuestras existencias por una eternidad.

EULALIA.— Alfredo, por favor, cese usted en sus cosas y olvídeme.

ALFREDO.— Es mejor que sigamos viviendo la placidez de esta admirable simulación.

EULALIA.— A veces me dan ganas de contárselo todo a mi marido o de matarme por haber sido tan liviana.

ALFREDO— Usted es muy libre de hacer lo que mejor le parezca.

(Desde la ventana de rejas, tras las enredaderas, Don Octavio, en forma visible para el auditorio, pero no para los actores, escuchará íntegramente este diálogo)—

EULALIA.— Hasta luego, Alfredo.

ALFREDO.— Hasta lueguito, lindura. (cínicamente).—





ESCENA XVII

Alfredo y Juan que regresa

JUAN.— No hay duda que estamos de malas. Mientras la curación dure habrá que pasarles el sueldo a las familias de ambos.

ALFREDO.— No hay ni qué discutir este punto.

JUAN.— No trato de discutir. Jaime tiene dos años trabajando con nosotros y el doctor Carlos está a nuestro servicio más de ocho.

ALFREDO.— Y si éllos o los suyos platean el juicio de indemnización.

JUAN.— Ahí si que estamos molidos.

(En ese mismo momento se oye fuera una algazara. Es un eco lejano como de un mitin. Llegan imprecisos los gritos subversivos. Ya se puede precisar claramente que gritan abajo).

Ahora se oye una voz: Mueran los amos!.... Abajo los explotadores! .. Viva la huelga!.. Vivan las masas! ..

Don Octavio, Eulalia, la nena y los criados, bajan en tropel y salen por la puerta de la derecha. Se unen a Alfredo y a Juan.

JUAN.— Apuren, cierren esa puerta. Vienen en actitud hostil.

DON OCTAVIO.—No señor; yo antes supe manejar a estos perros a palo limpio

JUAN.— Pero ahora? ....

ALFREDO.— Sería una verdadera temeridad hacerlo, mucho menos pretenderlo.

DON OCTAVIO.—A malditos! (Cerrando los puños)—

JUAN.— Cierren breve,

ALFREDO.— Creo que lo más acertado es llamar a la policía.

DON OCTAVIO.—Dice usted bien. Encárguense ustedes de cerrar; yo llamaré a la Policía.

Juan y Alfredo en compañía de los criados cierran la puerta. Don Octavio penetra a la Oficina a llamar por teléfono. Los gritos en la calle continúan más recios que antes.

DON OCTAVIO.—(saliendo de la Oficina)—Ya sabrán cómo se paga toda insubordinación.

EULALIA.— Usted don Octavio, es mejor que suba.—

DON OCTAVIO.—No se apure. Ya no hay peligro; ya llegan los soldados. (Los gritos se han duplicado.)

A poco se oyen unos disparos. Enseguida una ráfaga de ametralladora pone silencio en todas las cosas.

TELON

Fin del Primer Acto

SEGUNDO ACTO

DECORADO:

Sala grande. Cómoda· Elegante. Lujosa. Muebles de damasco· Estatuas. Ventana a la derecha con cortinas. Dos laterales a la derecha y una a la izquierda, respectivamente. En la mesa de centro Juan tendrá desplegados unos planos, acerca de los cuales estará haciendo algunas reflexiones.

◎ ★ ◎

ESCENA I

Juan y Don Octavio que sale por la derecha

DON OCTAVIO.—Buenos días hijo.

JUAN.— Los tengas, padre.

DON OCTAVIO.—Creo que por lo pronto, hemos logrado sofocar los comentarios de la huelga.

JUAN.— Y el de los heridos?

DON OCTAVIO—También. Aunque esos soldados no merecen disculpas. Son unos bárbaros.

JUAN.— Y qué les cabía hacer al sentirse abaleados por los huelguistas?

DON OCTAVIO.—Responder con sus armas (pausa). Bueno, las responsabilidades las carga el gobierno, en este caso, y, nosotros no tenemos nada más que hacer en el asunto.

JUAN.— Así me parece.

DON OCTAVIO.—Y Alfredo?

JUAN.— Despedido.

DON OCTAVIO.—Lo estimo muy acertado.

JUAN.— Es que no cabía otra solución.

DON OCTAVIO.—Desde luego. Alfredo, en verdad, se estaba portando bastante abusivo con los muchachos.

JUAN.— He tenido que sacrificar a un magnífico empleado, por la tranquilidad del resto del personal.

DON OCTAVIO.—Era lo aconsejado desde el primer momento.

JUAN.— Menos mal que enseguida he encontrado el reemplazo.

DON OCTAVIO.—Y qué tal es el nuevo capataz?

JUAN.— Buen chico. Fuimos compañeros de aulas universitarias.

DON OCTAVIO.—Felizmente son conocidos (acercándose al balcón) Es que dá gusto ver cómo funcionan y trabajan paralelamente máquinas y hombres.

JUAN.— Sobretodo que no se estanca el capital.

◎ ★ ◎

ESCENA II

Los mismos y Eulalia que sale por la izquierda

EULALIA.— Buenos días. (Desde que vé a Don Octavio en el balcón se pone inquieta)—

DON OCTAVIO Y JUAN.—Muy buenos los tengas.

EULALIA.— Noto que has madrugado para estudiar.

JUAN.— Sí querida, y tú?

EULALIA.— Menos nerviosa que ayer, y estos ocho días de pesadilla.

DON OCTAVIO.—(separándose de la ventana) Y qué estudias?

JUAN.— Los planos de un yate que me han encargado fabricar.

EULALIA.— (caminando hacia la ventana como a hacer una comprobación) Y de quién es?

JUAN.— De un muchacho que ha llegado de los Estados Unidos.

DON OCTAVIO.—Ajá.....Pero aquí noto que la construcción será un tanto defectuosa; si sigues los lineamientos dudo te resulte.

JUAN— Eso es lo que trato de ver, sujetándolos a una reforma.

EULALIA.— Bueno, ustedes están trabajando y mejor me voy a tejer. (sale por la izquierda).—

DON OCTAVIO.—Quiera la suerte que puedas darle el equilibrio que se necesita.

JUAN.— Justamente, eso es lo que procuro encontrarle, el equilibrio.

DON OCTAVIO—Ojalá lo consigas, hijo, ojalá; porque de lo contrario, será un verdadero fracaso. (pausa) Voy a informarme de las últimas noticias.

JUAN.— Está bien, padre.

DON OCTAVIO.—Si, porque lo que es hoy el sol tardará mucho en salir.

JUAN.— Así me parece

DON OCTAVIO.—Con esta lluvia perpetua.

JUAN.— Ni que fuese el día de la Candelaria.

DON OCTAVIO.—(alejándose hacia la derecha) Pero, ya sabes, en cuanto salga el sol, nos vamos al paseo.

JUAN.— Seguro, padre.

DON OCTAVIO.—Bueno, hijo, bueno. (se va por la derecha).

◎ ★ ◎

ESCENA III

Juan y el doctor Javier que llega de la calle

DR. JAVIER.— Disculpe usted que venga a interrumpirlo.

JUAN.— Usted jamás me interrumpe, mi querido doctor.

DR. JAVIER.— En primer lugar debo manifestarle a usted que los heridos están mejorando notablemente.

JUAN.— No podía ser de otra manera si están en tan buenas manos.

DR. JAVIER.— Si salvan será obra de milagro.

JUAN— Me ratifico en mi opinión.

DR. JAVIER.— Muy reconocido; y va de piropo a piropo.

JUAN.— Por qué?

DR. JAVIER.— Porque vengo a agradecer a usted la belleza de lancha que me han hecho.

JUAN.— Ya la probó?

DR. JAVIER.— Ya lo creo, como que me he ido por casi todo el golfo, en viaje de prueba.

JUAN.— Y qué tal?

DR. JAVIER.— Una maravilla.

JUAN.— Esto me satisface y me llena de orgullo.

DR. JAVIER.—Ahora tenemos que bautizarla.

JUAN.— Desde luego, porque sino corre el riesgo de naufragar.

DR. JAVIER.— Y venía precisamente a comunicarle este particular y pedirle el servicio de que usted en unión de su esposa, me sirvan de padrinos.

JUAN.— Es este un honor muy grande para nosotros.

DR. JAVIER.— El honor es para mí.

JUAN.— Muy bien. Voy a llamar a mi mujer. (pausa) (Asomándose a la lateral izquierda) Eulalia!.. .. Eulalia! .. ..

◎ ★ ◎

ESCENA IV

Los mismos y Esther que sale en vez de Eulalia

ESTHER.— Señor, la señorita no está en casa.

JUAN.— Y dónde se halla?

ESTHER.— Ha salido.

JUAN.— Bueno.

DR. JAVIER.— Entonces, hágame el favor de comunicárselo a la señora al regreso y me avisa por teléfono el resultado.

JUAN.— Pierda usted cuidado doctor, así lo haré.

DR. JAVIER.— Buenos días (sale por el foro).

JUAN.— Buenos días y muchas gracias.—

◎ ★ ◎

BIBLIOTECA PÚBLICA CUENCA-ECUADOR

ESCENA V

Juan y Esther

JUAN.— La señora no dejó dicho dónde iba?

ESTHER.— No señor, siempre sale sin decir dónde vá.

JUAN.— Está bien.

ESTHER.— Me retiro?

JUAN— Puede hacerlo.

ESTHER.— Permiso. (entra por la misma izquierda) —

◎ ★ ◎

ESCENA VI

JUAN.— (solo) Y porqué se habrá ido tan de día a la calle y con esta lluvia.

◎ ★ ◎

ESCENA VII

Juan y Graciela que entra por la segunda izquierda

GRACIELA.— Papá, papacito.

JUAN.— Qué te pasa, nena?

GRACIELA.— Que la perra loba ha tenido unos lobitos bien bonitos.

JUAN.— Bueno, me alegro.

GRACIELA.— Por qué eres así papá?

JUAN.— (sorprendido) Cómo, hijita?

GRACIELA.— Tú no me quieres.

JUAN.— Pero hijita, como dices eso?

GRACIELA.— Ni un besito me has dado como en otros días.

JUAN.— Es que estoy muy ocupado.

GRACIELA.— Ni caramelos, ni juguetes, nada me das.

JUAN.— Mañana, cuando me paguen unos sucres, ahí te voy a comprar una muñeca.

GRACIELA.— (sentándosele en las rodillas) No papá, ahora la quiero.

JUAN.— No hijita, mañana. Nada de caprichos.

GRACIELA— Bueno. No importa, ahora me voy a donde mi otro papá y se la pediré a él.

JUAN.— (desesperado) Qué dices?

GRACIELA.— Lo que oyes, ese sí que me dá bastantes juguete, dulces y todo lo que yo quiero.

JUAN.— (desconcertado) Otro papá? y cómo es él?

GRACIELA.— Anda, no te puedo decir.

JUAN.— Por qué, hijita, por qué?

GRACIELA.— Porque mi mamá me dijo que no te lo contara.

JUAN.— Cuéntame no más, hijita. Cuéntame. Yo te regalaré mil cosas. Te llevaré a pasear en los caballitos del carrusel; te daré todo lo que tú me pidas; pero dímelo, dímelo. (llora)

GRACIELA.— Pero por qué lloras, papacito?

JUAN.— No. Si no lloro. Río. Dime quién es y me reiré mejor.

GRACIELA.— No. Mamá dijo que si yo te lo decía tú la matarías.

JUAN.— No. Qué locura. Tú mamá miente. Tú mismo verás que no le hago nada. Pero dime, hijita. Gracielita, dime.

GRACIELA.— No puedo. Pero por qué lloras?.. .. Yo no quiero que llores. Mi otro papá no llora nunca. Me besa mucho, y cuando me tiene así, como tú me tienes ahora, me hace cosquillas con los bigotes.

JUAN.— Y dónde se ven con él?

GRACIELA.— En el cine.

JUAN.— Y dónde más?

GRACIELA.— En una casa de por allá.

JUAN.— Quieres enseñármela?

GRACIELA.— No me acuerdo. Mamá es la que conoce bien.

JUAN.— Y a qué horas se ven?

GRACIELA.— Casi todos los días.

JUAN.— Bueno. Bueno. Déjame ahora. Anda dónde tu mamá.

GRACIELA.— Si no está aquí.

JUAN.— Entonces ándate donde Esther, a la calle, al jardín; lejos, donde yo no te vea, ni tú me veas.

GRACIELA.— Me botas papá?

JUAN— Sí. Hasta que no me digas cómo se llama tu otro papá.

GRACIELA.— No me acuerdo.

JUAN.— Entonces, anda acuérdate. (pausa) Esther.

ESTHER.— (entrando por la otra izquierda) Señor?

JUAN.— Vea llévese a la niña al jardín, al parque, a cualquier parte. Porque no me deja trabajar.

ESTHER.— Muy bien, señor.

GRACIELA.— No quiero, no quiero. (llora)

ESTHER.— (Se la lleva cargada)—(salen ambas por la parte del foro). Vamos a ver los lobitos.

ESCENA VIII

Juan y Don Octavio que sale de la izquierda

JUAN.— (pensativo con las manos en la cara)—

DON OCTAVIO.—Juan, qué te hace pensar?

JUAN.— Nada.

DON OCTAVIO.—Los diarios atacan rudamente al Gobierno y a la Policía.

JUAN.— Y dicen algo de nosotros?

DON OCTAVIO.—Sí; y tienen una sugerencia.

JUAN.— Cuál?—

DON OCTAVIO.—Que se deben crear inspectorías de trabajo las que se encarguen de controlar las fábricas y de observar el trato que se les dá a los obreros dentro de los talleres.

JUAN.— Eso debían haberlo hecho desde tiempo há.

DON OCTAVIO.—Pero resulta que con ese patrocinador, los obreros extremarán sus abusos y sus reclamaciones.

JUAN.— No creo.

DON OCTAVIO.—En fin, eso es cosa de los que dirigen la administración pública.

JUAN.— A veces me dan deseos de cerrar la fábrica.

DON OCTAVIO.—No veo el motivo.

JUAN.— Es que todo esto va haciendo imposible el problema de la lucha por la vida. (Se queda pensativo).

DON OCTAVIO.—En parte así es; pero deberían darse reglamentos que contemplen los intereses de los obreros, conciliando, en cierta forma, las aspiraciones de éstos con las posibilidades de los patronos.

JUAN.— Evidente, hay que rodear de garantías a unos y a otros.

DON OCTAVIO.—Y como va la solución de los planos?

JUAN.— Mal. No puedo trabajar. Quisiera irme lejos, muy lejos.

DON OCTAVIO.—Estás violento?

JUAN.— No. Aburrido. Despechado. Cansado.

DON OCTAVIO.—(convincente) Cuéntame qué te pasa. Somos hombres; sobre todo yo soy viejo y qué no podría aconsejarte con mi experiencia y mis años.

JUAN.— Es que la hecatombe de esta gente me tiene deshecho.

DON OCTAVIO.—Eso ya pasó; además, las responsabilidades están establecidas claramente.

JUAN.— Es que esos comentarios de la Prensa y la sangre de las víctimas, me tienen enfermo.

DON OCTAVIO.—Hay algo más. Tú mientes. Rehuyes decirme lo que te está pasando.

JUAN.— Es algo horrible. De llegar a pensarlo, me estoy volviendo loco. No puede ser, no es posible que sea.

DON OCTAVIO.—Y qué es?

JUAN.— Sabe usted lo horrendo de mi vida? La adivina siquiera?

DON OCTAVIO.—Se trata de Eulalia, no es verdad?

JUAN.— Sí, padre.

DON OCTAVIO.—Ahórrate el dolor de que me detalles y me cuentes lo mismo que yo sé.

JUAN.— Ah, entonces tú lo sabías?

DON OCTAVIO.—Sí; era cosa vieja para mí.

JUAN.— (exasperándose) Entonces, entonces si lo sabías por qué, por qué cómplicemente callabas?

DON OCTAVIO.—Está de más el que me lo preguntes.

JUAN.— Cómo de más; es que tú más que nadie debiste decírmelo todo. Me has hecho pedazos el corazón. Me has hecho aparecer ante los demás como un perfecto avenido con la manera de ser de mi mujer.

DON OCTAVIO.—Es que era mejor callar. Creí prudente silenciar y no romper el aparente quietismo de tu vida.

JUAN.— Qué horror. Esto es inaudito.

DON OCTAVIO.—No me creía con las fuerzas suficientes, con toda la entereza para afrontar un problema tan difícil. Se trataba de tu felicidad.

JUAN.— De esta felicidad absurdamente forjada por ti.

DON OCTAVIO.—Era mejor así.

JUAN.— Cobarde.

DON OCTAVIO.—Recuerda que estás hablando con tu padre.

JUAN.— (transición) Qué padre puede usted ser usted que se alía con una adúltera, con una indigna y guardando silencio coopera incondicionalmente para hacer que su hijo, este hijo suyo, aparezca como un ridículo.

DON OCTAVIO.—Por favor, Juan. No me increpes tan crudamente. No me acuses, a ciegas, de un delito que no existe y que es obra solamente de una ley inexorable e insustraible; obra de algo que está muy por encima de nosotros mismos.

JUAN.— Y por qué has callado entonces?

DON OCTAVIO.—Llevado por mi infinito amor hacia tí y por el anhelo inmenso de saberte feliz, aún a costa de mi propio engaño.

JUAN.— Imposible. Usted y ella se han unido para destruirme la vida.

DON OCTAVIO.—Veo que es inútil entendernos con razones. Vas a violentarme y soy capaz de darte palo como a los canallas que se insubordinaban cuando los tenía bajo mi dirección.

JUAN.— Y mi honor? Y las enseñanzas que Ud. mismo me ha dado?

DON OCTAVIO.—Todo eso está sujeto al control de la razón, del buen sentido.

JUAN.— Desdichados. Y ella? No recuerda cuando la saqué del cieno en que se hundía y al darle mi honra y mi vida la dignificaba con mi nombre limpio y decente.

DON OCTAVIO.—No veo por qué lamentarse así.

JUAN.— Oh no! Usted no es mi padre. No puede serlo. Usted debe tener algo de lobo en su espíritu; ha escarnecido mi propio nombre tolerando los desmanes de esa pobre mujer.

DON OCTAVIO.—Perdona, hijo, todos llevamos dentro de sí mismos algo de lobos, de fieras. Asimismo llevamos algo de santos. Mira a tu padre. Cuando sepas la triste verdad, comprenderás, con toda la luz de la serenidad, que no ha sido mía la culpa.

JUAN.— Y entonces, de quién?

DON OCTAVIO.—Espera. Ni tú ni yo, tenemos culpa alguna. Ambos hemos sido juguetes de esa ley impiacable que se llama la herencia.

JUAN.— No comprendo.

DON OCTAVIO.—Cuando te haya hablado con toda claridad, quizá comprendas. Aguarda. (Sale a su izquierda)—

  

ESCENA IX

Juan y Graciela que entra por la derecha

GRACIELA.— Papito, yo no estás enojado?

JUAN.— No.

GRACIELA.— Ah, bueno, así si me gusta.

  

ESCENA X

Los mismos y don Octavio que regresa con un libro.

DON OCTAVIO—Y qué hace aquí la nena?

JUAN.— Nada.

GRACIELA.— Abuelito, que hubo de los carameios?

DON OCTAVIO.—Ya mismo te los daré.

GRACIELA.— Ustedes no me quieren.

JUAN.— Quién te ha dicho eso?

GRACIELA.— Mamá.

DON OCTAVIO.—Tu mamá nunca sabe lo que dice.

JUAN— Ni lo que hace.

GRACIELA.— Bueno.

JUAN.— Ven acá.

GRACIELA— No. Tú me vas a hacer daño. (sale corriendo por la izquierda)—

◎ ★ ◎

ESCENA XI

Don Octavio y Juan

DON OCTAVIO.—Ves este libro?

JUAN.— Y qué saco yo con eso, si mi vida en un montón de ruinas.

DON OCTAVIO.—Bien. Es mi libro de memorias. Lee.

JUAN.— (Hace como que lee una página.) Pero esto es inaudito. Mi asombro aumenta de grado en grado, mientras mi espíritu va de tumbo en tumbo por todos los vericuetos de la suposición. Maldita vida que me ha clavado tan hondo sus garras!

DON OCTAVIO.—Es terrible; pero serénate, hijo.

JUAN.— El destino, ese personaje invisible, se solaza en jugar con la miseria de nuestras vidas.

DON OCTAVIO.—Comprendes ahora? No es más que la fuerza oculta de un mandato que no podíamos evitar. Es la herencia, esa ley de todos y para todos.

JUAN.— Aún no logro entender. Quisiera abrirme el cerebro para tener la lucidez que preciso en estos momentos.

DON OCTAVIO.—Recuerda que tu matrimonio con la mujer esa yo lo miré mal, muy mal; y únicamente por no quedarme más solo en la vida, por no permanecer más huérfano de lo que he pasado, cobarde y vencido por mi vejez, hube de acceder a vivir en tu propia casa.

JUAN.— (sulfurándose) Siendo un incondicional que ni siquiera tuvo la hombría de reprender a esa mujer; y más vale la apoyó con su silencio.

DON OCTAVIO.—Jamás. Accedí a venir a esta casa de tan dolorosas y trágicas recordaciones para mi, por tí solamente; sólo por tí.

JUAN— Pero por qué callaba lo que veía?

DON OCTAVIO.—Porque como élla se había impuesto en una forma tal en tu carácter, no hubiera tenido nada de raro que élla influenciara en tu espíritu hasta el extremo de botarme de tu casa.

JUAN.— Oh, eso nunca habría sucedido. (pausa) Pero lo que más me desconcierta es que nó sólo se complacía en perderse élla, sino que arrastraba por la misma pendiente a esa incauta criatura que ha abierto los ojos a la vida en una forma demasiado prematura.

DON OCTAVIO.—Y qué vas a hacer?

JUAN.— Ignoro. (pausa) Qué harías, tú padre?

DON OCTAVIO.—No sé.

JUAN.— Ah! Ya tengo resuelto el modo de alejarla para siempre, Julio!... Julio!.....

JULIO.— (Entrando por el foro)—Señor.

JUAN.— Vea, aliste mis maletas. Me voy lejos.

JULIO.— Señor!.. ..

JUAN.— No. Cierre bién todas las puertas y no le abra a nadie. Absolutamente a nadie.

JULIO— Muy bien, señor (váse por donde vino)

DON OCTAVIO.—Orgullo tengo de verte lo que haces.

JUAN.— A tí nada puede importarte.

DON OCTAVIO.—Te llamo con el calificativo más grande de mi vida: Hijo.

JUAN.— Oh. no! Usted no puede profanar la grandiosidad de esa palabra. Usted es incapaz de poder pronunciarla. Yo no puedo aceptar a Usted como padre.

DON OCTAVIO.—Cuando te empapes de mi tragedia, entonces me dirás si soy o no tu padre.

JUAN.— Es que no puedo imaginármelo.

DON OCTAVIO.—Permíteme que antes de nada te dé mi bautismo de hombría y de carácter.

JUAN.— Cuál?

DON OCTAVIO.—Este. (lo abraza) Pareces haberte templado en las fraguas de allá abajo. Qué bien, hijo.

JUAN— Qué dices?

DON OCTAVIO.—Lo que oyes. Nosotros venimos de un barro especial. Crecimos al amparo de estos techados, nos desarrollamos acostumbrando nuestras pupilas—desde muy niños—a soportar los fuegos de las brasas y de hombres hacemos del corazón un nudo para no vencernos con la desgracia.

◎ ★ ◎

ESCENA XII

Juan, Don Octavio y Alberto, un obrero que sube, por la parte del foro, entrando

ALBERTO.— Permiso, patrón.

JUAN.— Qué dices?

ALBERTO.— Disculpe usted que me suba hasta acá; pero como usted parece no bajará ahora de mañana y como ya van a ser las doce.

JUAN.— Pronto, qué quieres?

ALBERTO.— Que me de un permiso por esta tarde porque tengo a mi Nicolacito muy grave con sarampión.

JUAN.— Está bien, puedes irte.

ALBERTO.— Y . . . .

DON OCTAVIO—Necesitas dinero?

ALBERTO.— Sí, patrón.

JUAN.— (Coje un papel y escribe)—Anda a la Caja y dí que te den ese suplido.

ALBERTO.— Gracias patrón.

DON OCTAVIO.—Cuando se te ofrezca y que no sea nada grave lo del Nico.

ALBERTO.— Gracias, patrón. (sale por donde entró)—

ESCENA XIII

Don Octavio y Juan

DON OCTAVIO.—Ni siquiera te propongo el que te divorcies.

JUAN.— Para qué?

DON OCTAVIO.—El escándalo da lo mismo para el caso.

JUAN.— Eso mismo pienso yo.

DON OCTAVIO.—Francamente, no sé cómo vamos a solucionar este asunto.

JUAN.— Y qué sacaría con darle una libertad que élla ya se ha tomado de antemano?

DON OCTAVIO.—Nada; pero tu apellido.

JUAN.— No por esta aparente liberación legal dejaría esa mujer de continuar en su vida de bullicio, ni de seguir arrojando lampadas de cieno sobre mi nombre.

DON OCTAVIO.—Con divorcio o sin él, será lo mismo. (pausa) Y la niña?

JUAN.— La niña se queda conmigo aunque me llamen a los tribunales para que la entregue. No se merece tenerla.

DON OCTAVIO.—No temas, la ley, en este aspecto, te ampara.

JUAN.— Entonces estaré feliz. La niña será mi compañera en el dolor y el aislamiento.

DON OCTAVIO.—Y si yo te dijera una cosa terrible.

JUAN.— Cuál?

DON OCTAVIO.—Sería para despedazarte más la vida.

JUAN.— Dígala, acabe de una vez con esta hecatombe. Dígala.

DON OCTAVIO.—Es que .. ..

JUAN.— No tema. Soy fuerte. El dolor me tiene anestesiados todos los centros de la sensibilidad; padre, no tema, hable sin escrúpulos.

DON OCTAVIO.—Pero es que .. .. yo no sé .. .. por qué lo diría? .. .. quizá sea una conjetura y nada más .. ..

JUAN.— No retroceda. Ya es tarde. Hable. Dígalo no más todo lo que falte.

DON OCTAVIO.—Que esa niña no es tuya.

JUAN.— (rugiente) Sería inaudito, criminal, terrible. ¿estás seguro de lo que dices?

DON OCTAVIO.—Sí, hijo.

JUAN.— Y si me la quitan?

DON OCTAVIO.—Tendrás que admitirlo.

JUAN.— Y si el otro padre, con más derecho que yo, me la quiere arrebatar?

DON OCTAVIO.—Tendrás que entregársela.

JUAN.— No. Eso nunca. Ella se queda conmigo. Qué suerte más terrible correría la pobrecita. (asomándose como loco) Graciela. Gracielita!

DON OCTAVIO.—Qué te pasa?

JUAN.— Nada. Que se irá a un colegio, encerrada quizá para siempre, hasta que olvide a la madre; pero que se quede conmigo, bajo mi amparo.

DON OCTAVIO.—Se hará lo que tú digas. Si gustas, ándate lejos. Yo me quedaré al frente de la fábrica, aún cuento con energías suficientes para éllo.

JUAN.— Pero por qué la ley no supo preveer o garantizar, en forma fidedigna a los padres, el derecho de saber si los hijos son o no de uno.

DON OCTAVIO.—Porque en ese campo impenetrable que se llama lo natural, nadie, absolutamente nadie, ha podido hacer investigaciones satisfactoras aún.

JUAN.— Entonces, para qué las leyes? En qué horas las hicieron así? Utópicas. Torcidas. Inconclusas. Por qué?

DON OCTAVIO.—Porque sólo se las hizo para el campo de los seres humanos en sus relaciones sociales.

JUAN.— Disposiciones mutiladas que no sirven sino para favorecer los convencionalismos ¿Y tú por qué me has dicho todo esto?

DON OCTAVIO.—Porque he deseado descorrerte toda la venda del engaño de esa mujer. Porque he querido quitarme este inmenso peso que afixia mi conciencia.

JUAN.— Y a esta hora .. .. a esta hora vienes a hablar de conciencia. Cuando ya nada se puede hacer. Cuando no podemos impedirle que no habiendo podido ser buena mujer, se le permita ser madre

DON OCTAVIO.—Pienso que tuvo todos los síntomas fisiológicos de la maternidad; pero depravada moral e instintivamente. Y ahora a olvidar. A levantar un nuevo edificio de vida para Gracielita.

JUAN.— Sí, padre. (asomándose nuevamente) Graciela. Gracielita!.. ..

DON OCTAVIO.—Pero qué ley oculta, que designio fatal ha unido nuestras vidas? Qué mano invisible se ha encargado de eslabonar nuestros destinos?

JUAN.— Por qué dices eso, padre.

DON OCTAVIO.—Porque ahora comprendo que somos más íntimos que nunca; porque ahora me doy cuenta que mi vida se ha prolongado como una trágica proyección en la tuya misma; porque siendo hijo de mi sangre, en el dolor, vienes a serlo de mi espíritu.

JUAN.— No comprendo, padre.

DON OCTAVIO.—Permíteme que descargue todo mi pesar en tí, hijo mío. Tu tragedia tiene algo muy noble: la grandeza de su identidad con la mía.

JUAN.— Cómo?

DON OCTAVIO.—Lo que oyes. Tú trágica situación es idéntica a la mía. Há muchos años, no podría precisártelos, en esta misma pieza, en esta misma casa, bajo este mismo techo, celebré el rito de mi honor manchado y arrojado a la calle por mi propia mujer.

JUAN.— Padre!.. .. Me asombras.

DON OCTAVIO.—Edifiquemos sobre las ruinas de nuestras vidas una más bella. Tejida con el dolor y cimentada con el afecto.

JUAN.— No necesitamos de nada ni de nadie. Los dos nos bastamos para sobrellevar el peso de nuestra enorme desventura. La delicia de nuestra desgracia, refundida, en los dos.

DON OCTAVIO.—Exactamente, hijo.

Llega el eco de la campana que dá las doce y el murmullo de los obreros que salen del trabajo.

◎ ★ ◎

ESCENA XIV

Los mismos y Graciela que viene con unas flores

GRACIELA.— Papito, estas flores son para mamita.

JUAN.— Muy bien, hijita.

DON OCTAVIO.—Habrá que ponerlas sobre el cadáver de su recuerdo.

JUAN.— (llora) Padre, por favor.

◎ ★ ◎

ESCENA XV

Los mismos y la voz de Eulalia, tras una puerta

EULALIA.— Juan!.. .. Juanito!.. .. Abreme. Aquí estoy .. .. Graciela!.. .. Gracielita! .. .. Ven, te llama tu mamá! .. ..

GRACIELA.— (se quiere levantar) Mamita. No me deja mi papá.

EULALIA.— Juan!.. .. Juanito!.. .. Gracielita, no oyes a tu mamá?

GRACIELA— Mamá.

DON OCTAVIO.—Y por qué no la dejas entrar?

JUAN.— Eres tú quién me lo pregunta.

DON OCTAVIO.—Pero .. ..

JUAN.— No sé.

EULALIA.— (desde fuera con más pena y energía) Juan!.. Juanito! .. .. Graciela!.. .. Gracielita! ... Abranme. Quiero entrar. Gra - cie - li - ta.

JUAN.— Padre, evítame el mal de afixiarla entre mis manos, entre estas manos férreas de mecánico, a las que la sociedad miraría con rabia y jamás les daría la razón.

DON OCTAVIO.—Bien. Muy bien.

EULALIA.— (desfalleciente) Gra - cie - li - ta .. .. ..

JUAN.— (pretende moverse)—

DON OCTAVIO.—Quieto. Quieto ahí. No te muevas. Recuerda mi bautismo de carácter. Quieto!

EULALIA.— Gra — cie — li — ta!.. ..

GRACIELA.— Mamita.

JUAN.— Padre que se calle; que no siga llamando, porque soy capaz de salir y no sé si abrirle para afixiarla entre mis manos o matarla con mis caricias .. .. Padre, que se calle; que se calle, padre .. ..

TELON

Fin del Segundo Acto

TERCER ACTO

DECORADO:

El mismo del primer acto. (menos el proyecto de lancha al fondo).

◎ ★ ◎

ESCENA I

Galo y José

GALO.— Eso si se llama estar de malas.

JOSE .— Y bien de malas.

GALO.— Es como si se le hubiese volteado el santo de espaldas.

JOSE .— Por las perfidias de esa mujer parece maldita la fábrica.

GALO.— Es que cuando la mujeres son ligeras de cascos como la bermeja esa, todo lo van maleando.

JOSE — En qué mala hora se casó don Juan con élla.

GALO.— Qué va a saber uno la hora; lo que debió hacer fué darle palo desde el principio.

JOSE .— No. Eso no.

GALO.— ¿Por qué?

JOSE .— Porque a las mujeres no se les debe golpear nunca.

GALO.— Cómo que nunca; y cuándo dan motivo para éllo.

JOSE .— Ni aún en esos casos.

GALO.— No estoy de acuerdo; a las demasiado vivas como esa, debió darle hasta en el blanco del ojo.

JOSE .— Ni siquiera a esas.

GALO.— Yo pienso de otro modo muy distinto.

JOSE .— ¿Cuál?

GALO.— Yo que don Juan la hubiera tirado a la fragua para que se fundiese como un pedazo de bronce.

JOSE — Talvez ni así habría salido compuesta.

GALO.— Dices bien.

JOSE .— Por qué?

GALO.— Porque la que nace mala, mala será toda su vida hasta la muerte.

JOSE .— Y con semejante marido.

GALO.— Pobre, Don Juan.

JOSE .— No lo compadezcas a él.

GALO.— Y por qué?

JOSE .— Porque es todo un hombre.

GALO.— Y qué hay con éso?

JOSE .— Que a los hombres no se les debe de compadecer nunca porque es acanallarlos.

◎ ★ ◎

ESCENA II

Los mismos y el nuevo Capataz

CAPATAZ.— Ey, ese par qué hace?

GALO— Fundiendo. Ya lo vé usted.

CAPATAZ.— Apuren que se han pasado toda la mañana conversando.

JOSE .— Ya vamos. Culpa nuestra no es sino de los acontecimientos.

CAPATAZ.— Bueno. A terminar.

GALO.— Y dónde está la mujer ahora?

JOSE .— Dicen que se ha ido a vivir con don Alfredo.

GALO.— Con Alfredo?

JOSE .— Sí, con el mismo.

GALO.— Qué perra.

JOSE .— Qué perros ambos. (se alejan para el fondo).

◎ ★ ◎

ESCENA III

El Capataz con dos obreros

CAPATAZ.— (ordenando) Vea, es menester que toda la gasolina que ha llegado y que existe en esas latas, la pongan en ese tanque grande; que sea una sola la existencia que de élla tengamos.

OBRERO 1º— Está bien, señor.

CAPATAZ. - Tengan cuidado, mucho cuidado, porque es labor bien peligrosa. No vayan a fumar (se vá).

OBRERO 2º— Descuide usted, señor.

(Galo y José vuelven a la fragua)

ESCENA IV

Los dos obreros a poco Galo y José que dejan la fragua y secundan la labor de los anteriores

OBRERO 1º— Con cuidado José, no has oído bien al Capataz? No des tanto fuelle.—

OBRERO 2º— Sí; donde se caiga una chispa, será peor que morir en la fragua—

OBRERO 1º— Ni más ni menos.

JOSE .— Dejen de charlar y fíjense bien en lo que hacen.

OBRERO 1º— Gracias.

GALO— Y quién habrá sido el de esta idea?

OBRERO 2º— Yo no sé. (pausa) Y tú sabes?

OBRERO 1º— Creo que es cosa del patrón.

JOSE .— Y con qué intención pretenderá esto?

OBRERO 1º— Con ninguna; sino que es mejor reunir toda la gasolina en un sólo depósito.

GALO.— Ahora comprendo. No está mala la idea.

JOSE .— Por lo pronto no nos queda otra cosa que hacer lo que nos mandan.

OBRERO 1º— Te noto muy obediente.

JOSE .— Obediente?

OBRERO 2º— Entonces?

JOSE .— Resignado. Estoy casi despechado de ver que no somos sino un rebaño inconsciente.

GALO.— Es que cuando uno ha sentido el zumbido de la metralla se queda escamado para toda la vida y no le dan ganas de meterse a vivo; no es eso, José?

JOSE .— No. A mí la metralla no me asusta. Lo que me indigna es la cobardía de los compañeros A la hora de la hora lo dejan a uno solo.

(En este instante aparece Alfredo, silencioso, viene de la calle)

GALO.— Fíjense.

OBRERO 1º— Qué?

JOSE .— Y qué querrá ahora?

OBRERO 2º— Allá entre éllos.

GALO.— Se habrá enmendado y vendrá a que lo acepten nuevamente?

JOSE .— No creas. Ahí sería de prenderle fuego a la factoría.

OBRERO 1º— Y ese quién es?

GALO.— El antiguo Capataz.

OBRERO 2º— Y qué hay con él?

JOSE .— Que se le llevó la mujer al patrón.

OBRERO 2º— Ah. No sabía.

GALO.— A Dios gracias que desde que se fué la rubia esa estamos más tranquilos.

JOSE .— Es que esa mujer era el mismísimo demonio.

◎ ★ ◎

ESCENA V

Alfredo y don Octavio

DON OCTAVIO—(que baja) Qué busca usted aquí?

ALFREDO.— Con usted no es nada.

DON OCTAVIO.—Y entonces con quién?

ALFREDO.— Con su hijo, Juan.

DON OCTAVIO.—Ah, ya bajará. Espérelo.

ALFREDO— Gracias, don Octavio.—

DON OCTAVIO.—Si usted quiere, entre a la Oficina, ahí estará mejor.

ALFREDO.— Bueno, gracias. (entran).

ESCENA VI

Los obreros anteriores

JOSE .— Al fin parece que terminaremos esta faena.

GALO.— Así creo.

OBRERO 1º— Y que ha sido laboriosa.—

OBRERO 2º— Bastante laboriosa.—

GALO.— Parecía que nunca se iba a llenar el tanque ese.

JOSE .— A mí me daba idea de ser sin fondo.

OBRERO 1º— Habrá que taparlo.

OBRERO 2º— Sí, está bastante riesgoso dejarlo así.

GALO.— Vamos a ver una tapa.

JOSE .— Hay que sacarla de entre esas planchas. (señala unas en el fondo).

OBRERO 1º— Sigan que yo los cojo.

OBRERO 2º— De esta hecha nos vamos a fregar.

JOSE .— Por qué?

GALO.— Con la venida de este pájaro de cuentas.

JOSE .— Don Alfredo?

GALO.— Sí, el mismo.

JOSE .— Y a qué habrá venido?

GALO.— A cobrarse alguna cuenta.

OBRERO 1º— Vamos breve a ver la plancha.

JOSE .— Aguarda que no porque te apures te han de pagar más salario.

GALO.— Así pensé yo.

OBRERO 2º— Y a qué habrá venido el fulano ese?

GALO.— Y qué, ustedes no saben?

JOSE .— No.

OBRERO 1º— Habla, pues, habla cristiano.

GALO.— No mejor; a nada.

 

ESCENA VII

Los mismos y Don Juan que sale por la puerta y cruza la escena

JOSE .— Buenos días, patrón.

JUAN.— Buenos días, hijo. (pausa) Vean, retiren más allá ese tanque; aquí en todo el paso es un peligro. Está casi al pié de la escalera.

GALO.— Y dónde lo ponemos?

JUAN.— (buscando sitio) Póngamlo ahí atras de esa puerta.

OBRERO 1º— Bueno, está bien, patrón.

JUAN.— Ojalá puedan situarlo bajo el baño; un poco canteado hacia la derecha de la puerta para que de ese modo no estorbe el paso.

OBRERO 2º— Así será patrón.

JUAN.— Ya saben. (se aleja y penetra a la Oficina).

OBRERO 1º— Se dan cuenta de lo hombre que es el patrón.

JOSE.— Es que mientras más lo chicotea a uno el dolor más macho se vuelve.

GALO.— Es verdad. Es de varoncitos resistir.

OBRERO 1º— Y que dicen que la mujer era su locura.

JOSE.— Así era.

Los obreros hacen como que mueven el traque y desaparecen tras la puerta todos éllos.

◎ ★ ◎

ESCENA VIII

Alfredo y Juan, saliendo de la Oficina, están violentos

ALFREDO.— Lo convenido. Será después de poco. Le doy de plazo .. .. .. Qué hora es?

JUAN.— Van a ser las doce.

ALFREDO.— Le doy de plazo una hora máximo.

JUAN.— Cómo va usted a suponerse eso.

ALFREDO.— De lo contrario, los tribunales de justicia serán quienes resuelvan sobre el asunto.

JUAN.— Y no hay otra solución?

ALFREDO.— Ninguna. Esta es la única a mi ver.

JUAN.— Pero es que .. ..

ALFREDO.— Ni una palabra más. Comprendo que la ley me favorece y no debo continuar discutiendo. Así que ya sabe.

JUAN.— Yo no sé nada. Me resistiré hasta frente a los mismos tribunales.

ALFREDO.— Vamos a ver. (sale).

JUAN.— Vamos a ver. (penetra a la Oficina)

ESCENA IX

Los obreros que salen dejando el tanque

GALO.— Y de qué habrán tratado?

JOSE .— Creo que es cuestión de algún reclamo.

OBRERO 1º— Así parece.

OBRERO 2º— Yo creo que es asunto de la mujer.

JOSE — Allá entre éllos.

GALO.— Ojalá no llegue a suceder nada y nos paguen nuestros jornales.

OBRERO 1º— Por qué, ah?

OBRERO 2º— Porque nos echarían a perder las ventajas del contrato que don Juan acaba de firmar con el Gobierno.

GALO.— De veras.

JOSE .— Bueno, vamos a ver la plancha, para tapar eso.

OBRERO 1º— Vamos. (se van todos).—

◎ ★ ◎

ESCENA X

Don Octavio y Juan que salen de la Oficina

JUAN.— No. No es posible.

DON OCTAVIO.—Así me parece.

JUAN.— Y sabe usted quién lo manda?

DON OCTAVIO.—Seguramente élla.

JUAN.— Sí. Canallas.

DON OCTAVIO.—Y qué?

JUAN.— Que me está exigiendo que se la entregue.

DON OCTAVIO—Y se la vas a dar?

JUAN.— No. Imposible. Antes la muerte. Ella se quedará aquí sobre todas las cosas.

DON OCTAVIO.—Y por qué?.. .. Por qué esa obstinación en conservarla?

JUAN.— Porque la quiero como a mi propia hija,

como a mi propia hija, lo oyes, padre?

DON OCTAVIO.—Tienes razón, hijo .. ..

◎ ★ ◎

ESCENA XI

(Los obreros vienen trayendo la plancha. La tiran contra el suelo).

JUAN.— Y para qué traen eso?

GALO.— Para tapar el tanque.

JUAN.— Está bien.

(se oye una campana fuerte que hace cesar las labores).—

JOSE.— Ya es hora de cobrar; vamos a coger nuestra plata.

OBRERO 1º— No lo tapamos, entonces?

JOSE.— No. Para qué?

OBRERO 1º— Ah, bueno.

Dejan botada la plancha.—

Se van a unir a los obreros que se hallan alineados delante de la CAJA.



ESCENA XII

Capataz, Don Octavio, Juan y todos los obreros

DON OCTAVIO.—Listos?

CAPATAZ.— En cuanto usted ordene podemos efectuar los pagos.

JUAN.— Está bien.

DON OCTAVIO.—Entonces a comenzar. (entran a la Oficina, Don Octavio, Juan y el Capataz).

JUAN.— Bermejo.

BERMEJO.— Presente.

JUAN— Alcanzas diez y siete ochenta.

BERMEJO.— Eso mismo es. (coge su plata y se retira).

JUAN.— Julio Herrera.

JULIO.— Presente.

JUAN.— Nueve sucres.

JULIO.— Eso es; pero quisiera pedirle que me de toda la semana y que me descuente los ocho del préstamo la próxima.

JUAN— No, señor.

JULIO.— Está bien.

JUAN.— Cirilo Valle.

CIRILO— Presente.

JUAN.— No alcanzas nada.

CIRILO.— Así es; pero no podrá darme un suplido?

JUAN.— No porque te has de ir a beber y has de faltar toda la semana.

CIRILO.— Bueno, pues. Guárdese su plata.

JUAN.— Alberto Troncoso.

ALBERTO.— Firme.

JUAN.— Tienes cuatro sucres.

ALBERTO.— No me descuente todo; aún tengo a Nicolacite enfermo.

JUAN.— Coje no más lo que te doy.

ALBERTO.— Está bien.

JUAN.— Damián Cruz.

DAMIAN.— Presente.

JUAN.— Sólo dos días tienes.

DAMIAN.— Sí señor.

JUAN.— Alcanzas seis sucres.

DAMIAN.— Así es.

JUAN.— Leopoldo Ruíz.

LEOPOLDO.— Presente.

JUAN.— Dos días de trabajo a razón de un sucre, alcanzas dos.

LEOPOLDO.— Y esa miseria pagan aquí.

JUAN.— Y cuánto querías?

LEOPOLDO.— Qué ladrones.

De la calle se percibe un vaho penetrante de frituras. Ecos de vendedoras. Murmullo multitudinario, es la gente que pago sus deudas.

Compra de frescos. Lotería. El último para mañana la de $ 20.000.—

JUAN.— Carlos Banchón.

CARLOS.— Presente.

JUAN.— Tres cincuenta.

CARLOS.— Ni un centavo menos.

JUAN.— Justo Tapia.

CORO.— Justo!.. ..

JUAN.— Carlos Ponguillo.

CORO.— Ponguillo! Ponguillo!

JUAN— Sebastián Toapanta.

CORO.— Sebastián.

JUAN.— Andrés Colcha.

CORO.— Colcha.

JUAN.— Alcides Chicaíza.

CORO.— Chicaíza.

JUAN.— Bueno. Hemos terminado. (los obreros se van).

CIRILO.— (acercándose) Patrón, hágame el favor de darme un suplido porque tengo a mi mujer enferma.

JUAN.— Y cuánto quieres?

CIRILO.— Unos doce sucres.

JUAN.— Te daré seis.

CIRILO.— Siquiera ocho, patrón.

JUAN.— Bueno. Toma.

CIRILO.— Gracias don Juan. (mutis)

 

ESCENA XIII

Juan, Don Octavio y Capataz que han salido de la Oficina

CAPATAZ.— Este ha sido uno de los pagos más felices después del accidente.

DON OCTAVIO.— Porque lo hacía Juan.

JUAN.— No padre, porque la gente está escamada y tiene miedo.

CAPATAZ.— Eso mismo pienso yo.

JUAN.— La próxima semana debutas tú.

CAPATAZ.— Tendré que realizarlo con una pistola en la mano.

DON OCTAVIO.—No creo que sea para tanto.

CAPATAZ.— Bueno. Hasta el lunes.

DON OCTAVIO.—Que se pasee bastante.

CAPATAZ.— Vamos a hacer lo posible. (Mutis).

◎ ★ ◎

ESCENA XIV

Los mismos y Esther que baja con Graciela por la puerta

GRACIELA.— Bueno, abuelito, lo que es ahora si nos vamos al jardín.

DON OCTAVIO.—Enseguida, nenita.

GRACIELA.— Y tú papaito no vienes?.

JUAN.— Después voy.

GRACIELA.— Bueno. Vamos, Abuelito.

DON OCTAVIO.—Avance Esther. (Esther y la nena avanzan al jardín.) (dirigiéndose a Juan). Confío en que la serenidad no te abandonará cuando llegue el momento supremo.

JUAN.— Estoy seguro de que no me abandonará un solo instante.

DON OCTAVIO.—Está bien. Me alegro oirte esto.

GRACIELA.— (perdiéndose en la puerta) Abuelito, venga.

JUAN.— Pero la niña no se irá, no se irá por ningún concepto.

DON OCTAVIO.—Eso es. No se irá. (mutis).



ESCENA XV

Juan y Alfredo

JUAN.— Ya llegó la hora?.

ALFREDO.— Ya. Ahora quiero la niña. Es menester que yo la tenga bajo mi amparo. Quiero a mi hijita.

JUAN.— Pero es que.

ALFREDO.— Pretendes negarme el derecho que me asiste?

JUAN.— Quizá no. Pero sucede que los hijos muchas veces aunque sean materialmente de sus padres, amasados con su misma carne y su misma sangre, son algunas ocasiones -como éstamenos hijos de sus propios padres.

ALFREDO.— Qué?.

JUAN.— Sí señor. Ya ves. Yo soy su padre y por eso la niña no se irá de aqui.

ALFREDO.— Hay que verlo.

JUAN.— Hay que verlo, pues.

ALFREDO.— Mira Juan, en forma correcta y mesurada, te reclamo que me des a la niña.

JUAN.— No es posible aquello.

ALFREDO.— Mira, élla es mi hija.

JUAN.— No. Es mía. (pausa) Y si asi no fuese, aquello no es suficiente para poder llamarla tuya, a los hijos se les llama tales sin más títulos que el afecto que dimana de nuestro corazón.

ALFREDO.— Y entonces, qué exiges?

JUAN.— Nada.

ALFREDO.— Pero acaso no te das cuenta que la vida que en élla hay es mía; que la sangre que por sus venas corre, es mía; que los pensamientos que bullen en su cerebro infantil son míos y míos son los impulsos de su propio corazón. No es esto suficiente?

JUAN.— Todo lo que quieras; pero ella no se vá.

ALFREDO.— Juan, entrégame a mi hija por que no sé que voy a hacer.

JUAN.— Haz lo que quieras.

ALFREDO.— Mi hija.

JUAN.— ¿Mi hija? Graciela es hija de mi espíritu; moralmente es mia; yo la estoy cultivando; yo voy conformando su alma, su corazón; yo soy quien orienta la marcha inicial de su vida Yo quien vigila sus inclinaciones y está haciendo de élla una mujer correcta distinta de la que le dió el ser.

JUAN.— Eso no importa. (pausa) I a estas horas cuando ya te sientes sediento de venganza contra mí que tuve el gesto del «desprecio para ambos, es que pretendes quitarme la niña?

ALFREDO.— Es de justicia y de sentimientos mi anhelo.

JUAN.— Y la madre?

ALFREDO— Tú debes saber de élla mejor que yo.

JUAN.— Yo?

ALFREDO.— Sí. Tú. Bien· Está conmigo. Y espera cerca de aquí que le lleve a su hija; a nuestra hija.

JUAN.— Y quieres llevarla a su lado?

ALFREDO.— Sí; para eso es su madre.

JUAN.— Al lado de esa?

ALFREDO.— Sí.

JUAN.— No. No aquello sería criminal.

ALFREDO.— Criminal sería retenerla y no dejarla que se eduque al lado de quien la trajo a la vida.

JUAN.— Indignamente.

ALFREDO.— Terminemos. Dámela. Dámela antes de que la tome por mi propia mano.

JUAN.— Atrévete. Atrévete si eres hombre. Si tú te crees capaz de acercarte a cogerla, inténtalo.

ALFREDO.— ¿Donde esta?

JUAN.— (cogiéndolo bruscamente) Ven. Ahí la tienes. Mirala. Está cogiendo flores. Véla.

ALFREDO.— Hija!.. .. Por favor entrégamela.

JUAN— Ella no saldrá jamás de aquí.

ALFREDO.— Lo probaré.

JUAN.— Hazlo si te atreves. Ahí está con el abuelo. Mejor dicho con mi padre. Ahí la tienes. Está al alcance de tu mano. Si quieres cógela.

ALFREDO.— Verás.

JUAN— Si te crees hombre y padre de ella como dices, anda, anda, cógela.

ALFREDO.— (Adelantándose) Vas a ver.

JUAN.— (Poniéndose al frente) Atrás. Canalla. Atrás

ALFREDO.— Atrás tú, ladrón.

JUAN.— Sería menester que yo no exista para que la niña salga.

ALFREDO.— Atrás he dicho· Voy a cojer a mi hija . Paso.

JUAN.— Atrévete. Inténtalo siquiera. Pruébalo si te supones con fuerza para ello.
(Luchan. Forsejean).
A la discusión salen don Octavio y Esther.



ESCENA XVII

DON OCTAVIO.—Qué les pasa?

ALFREDO.— (Enardecido) Nada, Don Octavio. Nada, usted no se meta.

JUAN.— Este hombre viene a llevarse el resto de alegría que nos queda.

DON OCTAVIO.—Por qué?

JUAN.— viene por la niña.

ALFREDO.— Es que para eso es mía.

JUAN.— Ya lo he dicho que aunque materialmente no me pertenezca está unida su vida a la nuestra por el peso inmenso de mi tragedia·

DON OCTAVIO.—Déjala no más, hijo. Dála, que se la lleve. Mejor estaremos solos con el silencio trágico de nuestras existencias rotas; más tarde, esa criatura puede llegar a ser una cadena.

ALFREDO.— Eso es don Octavio.

JUAN.— No padre. No digas eso. Tú no sientes eso. Tú serías el primero en ver cómo se despedazaría el resto de vida que te queda.

DON OCTAVIO.—Y usted viendo esto se la llevaría?

ALFREDO.— Estoy decidido. Para eso es mi hija: me asiste el derecho de tenerla a mi lado. Es necesario que viva junto a mí.

DON OCTAVIO.—Es que élla ya tiene sus costumbres. Su manera de ser a nuestro lado. Que....

ALFREDO.— Ni una palabra más. La niña....

DON OCTAVIO.—Pero....

JUAN— Déjalo que intente tocarla siquiera. Ahí está. (Se cojen a luchar de nuevo, jadean, se pierden abrazados por la puerta del jardín. Gracielita viene corriendo donde el abuelo).—

DON OCTAVIO.—(Aterrado) Juan...Juanito!...Cuidado. Estás en peligro. No. No. No. Eso no. Por Dios, no Oh!...Oh!....Qué horror!.....

ESTHER— (Pega un grito y huye por la escalera hacia arriba).

GRACIELITA.—(llorando, asustada, corre hacia la calle).—

En ese mismo momento una formidable explosión enciende y alumbra todo el escenario.




ESCENA XVII

Don Octavio y Juan.

DON OCTAVIO.—(solloza).

JUAN.— (sale, quemado, deshecho)

DON OCTAVIO.—Hijo, qué has hecho? Por favor, qué es lo que has hecho?

JUAN.— Yo mismo no lo sé padre.

DON OCTAVIO.—Pero qué es lo que ha pasado?

JUAN.— Lo que debia suceder; pero la nena, mi hija, nuestra hija, no se irá jamàs de aquí. . .

DON OCTAVIO.—Pero a qué precio.

JUAN.— Ya nadie se la llevará. Lo oyes, padre? Nadie se la llevará. Graciela! Gracielita! .. .. .. Graciela!....

DON OCTAVIO.— (sollozando) Dónde?.... Dónde está? ....

JUAN.— (Corriendo. Seguido de don Octavio se dirige a la puerta, a la calle).

Graciela!.. .. Gracielita!.. .. Gracielita! ..

TELON

Fin del Tercer Acto

FIN DE LA OBRA